

compuestas y copiadas en tres días y ejecutadas del modo más aparatoso por Triossi, contrabajo; Morini (su primo), primer violín; el hermano de éste, violoncello; y el segundo violín por mí mismo, que a decir verdad fui el menos aparatoso».

En estas sonatas, y la primera no es más que un ejemplo de las seis, se revela un sentido instintivo de la velocidad y la economía del gesto. Un ingenio mordaz va de la mano de cierto lirismo sensual, de aliento «corto pero tierno», en palabras de Richard Osborne. Hay un dominio desenvuelto de las formas sencillas, incluida la estructuración implícita y los contrastes tonales, y un oído agudo para la interacción de los instrumentos de distinto volumen tonal. Sobre todo, Rossini, que entonces no era ni un adolescente, demuestra que es un compositor dotado de energía y recursos, de ingenio rápido y capacidad de asimilación, pero con un estilo y una voz que son suyos.

Durante las dos primeras décadas del siglo XIX las danzas populares se convirtieron en un fenómeno burgués. Se manifestó la manía del vals, y ella influyó sobre la música seria. A semejanza de Mozart, y en menor medida de Beethoven, Schubert compuso una cantidad considerable de música para la danza, de la que forma parte del ciclo de cinco danzas alemanas que escucharemos hoy. Hasta la segunda década del siglo, el minué, el ländler y la contradanza fueron las formas populares. Después llegó el vals, Schubert, que mantuvo unas

excelentes relaciones con la burguesía de su tiempo, compuso música de consumo. Siempre andaba escaso de medios y la necesidad de adaptar las danzas de moda, le servía para ganar cantidades suficientes para ir tirando y poco más. El resultado son varios ciclos, para diversas combinaciones instrumentales, entre los que destacan el que vamos a escuchar.

Hay un elemento que une a Dvorak con Schubert y es su extraordinario melodismo. Pero Dvorak se distingue de Schubert en que casi la totalidad de sus mejores melodías tienen un sesgo nacionalista. Este nacionalismo, un tanto inconsciente pero siempre estable, ampliamente melódico, original, sin duda exótico, colmado de giros imprevistos, seductor por su armonía, es el factor que confiere a Dvorak su gran encanto y su belleza, tal como menciona Harold Schoenberg. En todo caso en los dos *Valses, Op. 54* que hoy escucharemos, se aprecia la enorme dependencia del autor de la *Sinfonía del Nuevo Mundo* en relación al músico vienés.

Dvorak fue un activo escritor de música de cámara, ya que fue intérprete de viola y un gran admirador de los maestros clásicos. No es sorprendente que su Op. 1 sea un quinteto para cuerda y su Op. 2 un cuarteto. Y, de hecho, compuso obras de cámara durante toda su vida creativa. Muchas de estas composiciones están llenas de danzas checas y ritmos bailables mientras que su característica *dumka* muestra su olor a lo largo de toda la composición.

Dvorak es conocido por haber creado alrededor de cuarenta obras de cámara para varias combinaciones, el Quinteto Op. 77 compuesto en 1887, presenta la realidad quintaesencial de la música de Dvorak: melodía y contramelodía, ritmo vital, escritura muy coloreada, una gran sensibilidad en la escritura.

**Quinteto Rossini**, reunidos por el placer de hacer música juntos, tomaron el nombre de Rossini por considerar que sus seis grandiosas Sonatas a cuatro son el corazón del repertorio del grupo. Aunque lo integran seis instrumentistas, incluyendo al pianista **Agustín Serrano**, está justificada su denominación de Quinteto porque, en diversas combinaciones, es su formación habitual.

El grupo, en esta ocasión, está formado por: **Victor Ardelean**, violín; **Miguel Borrego Martín**, violín; **Alan Kovacs**, viola; **John Paul Friedhoff**, violonchelo y **Andrzej Karasiuk**, contrabajo.

**AUDITORIO MUNICIPAL**  
CONCIERTO EXTRAORDINARIO



**GRUPO**  
**ROSSINI**